

al mas prudente, al mas advertido, al que conozca mejor el corazon humano, al que tenga mas experiencia y mas mundo.

Al escribir esto, creo y espero, que leyéndolo algunos buenos cristianos, pensarán luego en reunirse con otros y hacerles leer este librito, y formar su asociacion; considerando, que para ello no se necesita más, que el querer, nombrar su centro, darle cuenta sin jactancia de sus trabajos, recibir sus instrucciones, acudir a sus llamados, aumentar el número de los socios y trabajar en la propagacion de la moral católica, poniendo en movimiento todos los medios de que se va a tratar en la segunda parte de esta humilde obrita.

PARTE SEGUNDA

ELEMENTOS Y MEDIOS DE LA PROPAGACION DE LA MORAL CATÓLICA.

CAPITULO I.

ENSEÑANZA DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

El primero, el principal, el mas necesario y el mas eficaz medio de que debe valerse el propagador, es la doctrina. No fué otra la ocupacion de los Apóstoles, ni hicieron milagros a millares por otro fin, que por comprobarla. Ella subyugó dulcemente a los pueblos, doblegó la soberbia de los filósofos, suavizó las costumbres de los bárbaros, fundó la justicia y jurisprudencia de los gobiernos, unió a las naciones enemigas, ilustró las mentes de los hombres, y cambió completa y ventajosamente, la faz de todo el mundo. La redencion misma se hubiera he-

cho inútil para los hombres, si no hubiera quedado firme, clara, inmutable la doctrina de Jesucristo, siempre guardada, defendida, explicada é interpretada por sola la Iglesia, para este oficio, asistida constantemente por el Espíritu Santo, y regida por los soberanos Pontífices.

No sería necesario decir más para convencernos de que en la doctrina está nuestra salvación; pero no deja de notarse que la relajación general del mundo reconoce por causa principal la ignorancia de los misterios y preceptos de Dios. Cuando volvió una buena parte del pueblo de Dios, saliendo de Babilonia a la tierra de sus padres, Esdras hace a los levitas que lean a la muchedumbre los libros de la ley: aquellas gentes, que por la desidia y el trascurso del tiempo todo lo habían olvidado, al oír las promesas y las amenazas del Señor, prorumpen en gritos dolorosos y en nobles propósitos de servir a su Dios. Esto causa al caudillo tanto consuelo, que manda que se dirijan los levitas por los pueblos y aldeas a los habitantes, no haciendo más que leer la ley, y en todas partes se consigue el mismo feliz resultado. Gracia es de la doctrina el convencer y mover el corazón con sola su frecuente lectura.

Ni se crea que la ignorancia de ella es de solo los pobres, los campesinos, los miserables,

los indios, no. Entre las gentes que se llaman ilustradas, que lo serán en las cosas mundanas, hay ignorancia, y muy crasa. No hablo de los que la combaten. Estas gentes no saben de la ley de Dios más que lo difícil y trabajoso de cumplirse, y las tremendas amenazas y castigos inevitables si llega a quebrantarse. Sin el valor necesario para vencerse, sin resolución para negarse a sí mismos, y sin devoción ni esperanza para pedir a Dios sus auxilios, al que no puede volverse a la nada de donde lo sacó Dios, y está convencido de su inmortalidad, ¿qué camino le queda? La incredulidad en que él mismo no cree y que se empeña en arraigar en su corazón y propagar en los demás para necio consuelo de su misma necedad. Esta es la historia de muchos incrédulos. Esta es la pendiente horrible por la que se han precipitado los que discurren, los que piensan, los que estudian sin dedicarse a la piedad, los que se llaman ilustrados, los que sienten todo el peso de una lógica cristiana; en fin, los cristianos especulativos.

Hablo de otra especie de hombres, ignorantes por la clase de educación que recibieron, tal vez en ciudades protestantes de Europa, ó por la distracción de sus potencias, dedicadas prematuramente a ciencias naturales ó profanas, ó

por su propia desidia en ocuparse de libros religiosos en que, con la ciencia cristiana, hubieran bebido a la vez los sentimientos de la piedad. Y esta clase es bien numerosa en nuestro país y en nuestros tiempos. Vaya un caso que lo probará. Existe aún un literato notable, que tal vez llegará a leer estos renglones. Este literato era bastante jóven y tuvo con otra persona el diálogo siguiente:—¿Qué necesidad tengo yo de guardar los mandamientos, sabiendo que con amar a Dios seguramente me salvo?—Pero hombre, ¿usted sabe los mandamientos?—Pues qué, ¿me cree usted tan ignorante? Yo los sé como el que mejor.—Entónces, dígame usted cuál es el primero.—Oh! Yo no le diré a usted cuál es el primero ni el segundo, porque no me acuerdo ó no sé el órden con que están escritos. Pues a este jóven de buen corazon y mejor talento, de que ha dado pruebas, ¿no le hubiera valido mucho el estudio sistemado y profundo de la doctrina cristiana?

Sépanlo los propagadores: a niños y a viejos, a sabios y a rudos, a ignorantes y a incrédulos, a toda clase de gentes se gana para Dios con la enseñanza de la doctrina. Ella requiere instruccion, paciencia, estilo, órden, dulzura y perseverancia. En hospitales, cárceles, hospicios, talleres, escuelas, en donde quiera que se reunan gran-

des ó chicos, la doctrina ganará muchas almas. Escribiendo, hablando, exhortando, advirtiendo, aprobando, desaprobando, aconsejando, de cuantas maneras sea posible, propáguese la doctrina. Distribúyanse libros ó cuadernos pequeños, estampas instructivas, y todo cuanto pueda dar ó despertar la idea de Dios y de sus verdades. Prediquen los sacerdotes con preferencia la doctrina, en que está embebida la moral, y cográn frutos mas seguros y abundantes de su predicacion. Y como la ignorancia es una de las causas principales de la relajacion, la doctrina será el medio mas esencial y provechoso para conseguir la reforma.

CAPITULO II.

LA SUAVIDAD DE LA LEY DE DIOS.

Porque hemos mencionado a cierta clase de personas ilustradas que por despecho se entregan a la incredulidad, como si fuera un refugio a sus conciencias, perseguidas en todas partes y a todas horas por la luz irresistible de la verdad, es indispensable que el propagador sepa

persuadir a estos desgraciados, que el yugo del Señor es muy suave y su carga es muy leve. El pobre y el ignorante deben saberlo tambien; pero ellos en su mismo idiotismo y falta de consideracion, conservan la fe y sus creencias, cuya contradiccion con sus malas obras no meditan jamás, y por esto no sufren el tormento que aflige de continuo al ilustrado y cobarde pensador, que busca en la impiedad un recurso, inútil por cierto, con que librarse del rigor inexorable de una terrible consecuencia ó de una indeclinable disyuntiva.

El remedio, para unos necesario, para todos conveniente, es entender que la ley de Dios, sobre ser tan santa, tan justa, tan propia para hacer la felicidad de los individuos y de las sociedades, nada tiene de dura, ni de pesada, ni de impracticable. Muy al contrario, es suave, dulce, fácil y deleitosa. No se requiere para vencerse de esta verdad mas que la experiencia de algunos dias en los que el cristiano ensaye una vida exenta de vicios y de pecados, ocupada en trabajo y buenas obras, haciendo para vencerse algunos esfuerzos, menores y mas fáciles que los que de nosotros exigen el mundo y las pasiones. Todo consiste en despreocuparse, hacerse un ánimo noble y valeroso, poner sin dilacion manos a la obra, y del resultado

cualquiera puede responder con toda seguridad, si no es que el mismo individuo que alguna vez practicó la virtud, haga comparacion por sí mismo de la tranquilidad, paz y gusto con que vivió en dias mas felices, y la inquietud, pena, remordimientos y pesares que le han sobrevenido de su inconstancia.

Un propagador puede preguntar a cualquier cristiano: ¿en qué está la dificultad de observar la moral católica? No en el amar a Dios y al prójimo, porque este amor, si bien se ve, es una exigencia de nuestro corazon, criado para amar, y que desgraciadamente se extravía en los objetos ó en los medios, pero que fácilmente puede reducirse a su buen fin por caminos derechos. No en los vencimientos que se nos piden, pues son mas penosos los sacrificios del criado que sirve, del cortesano que adula, del jornalero que trabaja, del avaro que se desvela, del rico que teme, del seductor que ansía, del casado que se fastidia, del rencoroso que se consume, del envidioso que se desespera, y en fin, de los impíos, que dirán, como enseña la Escritura: «Nos hemos venido arrastrando penosamente por caminos sembrados de abrojos.» No en la privacion de ciertos placeres, porque ellos nunca llenan los deseos de un corazon insaciable; porque solo lo infinito puede satisfacerlo; porque los gus-

tos dejan tras sí la amargura, la pena, el remordimiento y la triste necesidad de volver a buscarlos para volver a fastidiarse de ellos. No las necesidades facticias de nuestros sentidos, porque digan lo que quieran los fisiologistas, no son mas que vanas excusas con que el materialismo trata de cubrir los vicios, empeñándose en canonizar la inmoralidad y destruir el albedrío. Por último, no hay cosa alguna que haga imposible, ni aun difícil, la virtud y la observancia de la ley divina, y ménos cuando el hombre se decide a buscar la felicidad, que solo se encuentra andando por este verdadero camino.

El propagador debe estar muy persuadido y lleno de estas ideas para saber comunicarlas a todos, guardándose mucho de presentar a la religion como una profesion de impracticables austeridades, ni la doctrina como un código de espantosas amenazas, ni los mandamientos como leyes pesadas é insufribles, ni las virtudes como hábitos morales que apocan, envilecen ó acobardan al hombre; ni los sacramentos como ejercicios dificultosos, que exijan santidad extraordinaria, ni la vida cristiana como una existencia triste, sembrada de escrúpulos y vanos temores y dolorosas privaciones. En vez de este cuadro repugnante, que rechazaria las miradas de cualquiera espectador y desalentaria al

hombre mas animoso, procure el propagador hacer sentir y ver con los ojos del alma, y hasta con los del cuerpo, a todo cristiano, la feliz calma con que el justo vive sin remordimientos; conforme con los trabajos si sufre; contento con riquezas bien adquiridas, si las tiene; amando a una dulce esposa, si es buen casado; rodeado de amantes y obedientes hijos, si los ha sabido educar; querido y respetado de amigos, vecinos y conocidos, a quienes hace bien, libre del temor y rigores de la justicia humana, a quien nunca ofende; trabajando con resignacion si es pobre; dando limosna con alegría si es rico; en todo caso, en toda ocasion, en toda situacion, en cualquiera circunstancia, gozando santamente de la vida y nunca temblando por el horror de una muerte desprevenida.

Esto es solo hablar para la generalidad, que si se hubiera de tratar de las delicias interiores que Dios guarda para sus amadores y sabe comunicarlas, ni bastarian muchos libros, ni ellos dijeran lo que apénas los santos han sabido sentir, mas nunca explicar.

CAPITULO III.

LOS BUENOS LIBROS Y LECTURAS.

El que dedique un rato cada día a leer un buen libro, está muy lejos de perderse ó muy cerca de convertirse; como el que no lee, ó lee libros malos ú ociosos, está muy cerca de su perdicion ó muy distante de su conversion. La experiencia es la mejor prueba de esta verdad. Un buen libro nos enseña sin lengua, nos corrige sin enojo, nos advierte sin interes, nos guía sin peligro, nos cura sin rigor y nos sana sin lastimarnos. El buen libro, hablándonos segun nuestras necesidades, si sabemos escogerlo ó aconsejarnos para ello, nos instruye, nos consuela, nos anima, nos fortifica, nos deleita y nos salva, como instrumento de que se vale la gracia divina para llamarnos a penitencia ó a perfeccion. Dígalo San Agustin, quien leyendo la vida de un santo, se sintió dulcemente herido y oyó despues la voz tierna y conmovedora: «Toma, lee: toma, lee.» Dígalo San Ignacio de Loyola, a quien le fué dado un libro piadoso en lugar de una novela que pedia para entretener la convalecencia de su herida, y resultó la tras-

formacion de un militar vano y disipado, en un hombre tan grande, cuyas glorias jamás podrán eclipsar la ignorancia y la impiedad.

Un buen libro sirve al propagador y a cualquier cristiano, como una arma que no corta ni lastima, pero que, casi siempre, vence, poniéndolo en manos de aquel a quien se quiere instruir, ó convencer, ó desengañar, ó atraer a la virtud; consiguiendo que se lea, porque con esto se excusa la reprension, que siempre es amarga, se autoriza la doctrina que se dá, se recomienda el consejo que es general y se habla de una manera que la palabra no se pronuncia y muere luego, sino que queda viva y puede mil veces el interesado oirla, esto es, leerla cien veces. Así, es un libro bueno, como una aljaba donde se guardan las saetas de la gracia, como un depósito de armas poderosas, como un acopio de eficaces medicinas, como un centro de clarísimas luces, como un manantial de dulces consuelos, como un tesoro de ricas verdades. Muchos y grandes daños ha causado la invencion y la libertad de la imprenta; pero si los cristianos supiéramos explotarla y aprovecharla en beneficio del prójimo, todo podria darse de barato por los grandes bienes que resultan de la propagacion y lectura de los buenos libros.

Y sin dejar de reconocer por muy buenos

aquellos en que se aprenden las ciencias y que están libres de los muchos errores morales y religiosos, que con astucia infernal mezclan los autores impíos, cuyo fin verdadero no es instruir, sino corromper; aquí, y para nuestro fin, se llaman libros buenos los que instruyen al lector en la religion y en la moral, los que estimulan a la virtud, los que reprenden los vicios, los que relatan de una manera devota y edificante las vidas de los santos y la historia de la Iglesia, tan amena, tan instructiva, tan fecunda en reflexiones y en consecuencias. Estos son los libros cuya posesion y lectura deben recomendar los propagadores, y los que, si pueden, deben repartir y regalar; procurando sobre todo, acomodarse en la eleccion de escritos, a las capacidades, inteligencias, educacion, literatura y demás circunstancias de los lectores.

En nuestro país la inteligencia es precoz, el talento (esto sea dicho sin jactancia) es como regional; pero por desgracia a tan buenas facultades contrapesan la pereza y la inconstancia. Es de admirar la muchedumbre de poetas muy notables que tenemos entre los pocos literatos nacionales; y esto nos prueba, que nuestro carácter, enemigo de lo dificultoso, tan apto, por otra parte, para las ciencias, no nos permite cultivar mas que las que traen deleite y fama sin

gran trabajo. Si los mexicanos necesitaran para hacerse impíos grandes y profundos estudios, esto bastaria para que todos fueran creyentes, aunque fuera por no cansarse y desvelarse. Necesario es, por lo mismo, acomodarse a todo para conseguir algo. Los libros que se escriban, que se escojan, que se recomienden y se propaguen, sean aquellos que con la brevedad posible enseñen ó llenen suficientemente su objeto. Si estos libros tuvieren alguna amenidad, prefíranse. Los enemigos de la religion y la verdad nos han prevenido en esta táctica. Han escrito librejos pequeños, llenos de chanzas y burlas y cuentos y versos, y con ellos han hecho nacer esa novel generacion de sabios incrédulos mexicanos, que asombran al mundo con sus.....tonterías

Buenos libros, nacionales ó extranjeros ó traducidos necesitamos. Buenos periódicos; pero estos, que sean populares, que estén al alcance de todo el mundo, que traten de toda preferencia en estilo vulgar y correcto las materias de mas urgente necesidad, dejándose la erudicion y el lucimiento para tiempos y lugares mas felices que los nuestros. De este modo las lecturas serán un excelente elemento de propagacion.

CAPITULO IV.

UN BUEN SISTEMA MORAL.

Otra arma excelente con que el propagador puede hacer mucho bien, es un buen sistema moral, cuyos principios, pocos y fijos, conozca y haga conocer, practique y haga practicar. Sobre estos principios encontrará libros y tratados a propósito que tratan ex profeso las materias, pero al mencionarlos, bueno es decir algo sobre cada uno de ellos.

La verdad y la buena fe. Todo cristiano debe procurar ser y parecer hijo de la luz, y la luz es la verdad. A nadie obliga decir a todo el mundo lo que siente, lo que aprueba, lo que desea, lo que teme. Mucho menos obliga decir al prójimo sus defectos graves ó leves, si no es en ciertos casos y a determinadas personas. Ni podemos publicar verdades deshonrosas, aunque sean positivas, diciendo como los murmuradores, esto es verdad. La reserva, el secreto, la circunspeccion están muy distantes de la mentira, y casi siempre nacen de la prudencia. Pero si estamos obligados a decir la verdad cuando hablamos y tratamos y escribimos en todo lo que es justo

y racional, bajo la pena de quedar sujetos a aquella regla terrible, pero verdadera: «El que una vez miente, siempre es sospechoso de mentira.»

Y como la verdad debe presidir en nuestras palabras, así la buena fe debe acompañar nuestras obras. Ambas rechazan noblemente la mentira, el fingimiento, la infidelidad, la perfidia, la traicion, la hipocresía, el fraude y mil otros vicios incompatibles, no solo con la religion, sino con la honradez y la hombría de bien. El hombre veraz y sincero inspira confianza aprecio, respeto y amor a los demas; sus palabras tienen poder; sus ejemplos, influencia; su amistad es apreciada; su reprension es temida; sus consejos tienen valor; se estima su aprobacion; se busca su dictámen; y en suma, el hombre con estas cualidades que posee y procura comunicar, será el mejor de todos los propagadores de la moral.

Tal será tambien el amante de la justicia y de la caridad; porque, el que es justo y caritativo, no puede ser egoista: su conciencia, convencida é ilustrada, no le permitirá anteponer sus propios intereses a los ajenos, teniendo estos mejor derecho: su conducta será siempre ejemplar, benéfica y generosa. Será tal vez intolerante y acaso rayará en imprudente; pero estas mismas

faltas, bien corregidas, acreditarán siempre su amor a la justicia. Obsérvese bien y se verá: que el orgullo, el amor propio, el interes personal, la sinrazon y hasta cierta falta de sentido comun en la mayor parte de las gentes, ó nacen de la injusticia ó no pueden ménos de acompañarse con ella. El que es justo, siempre comienza por sí mismo. El que desconoce y quebranta la justicia es una plaga para la sociedad.

Si a los sentimientos de justicia en todas nuestras obras, contratos y negocios, se unen, como sucede de ordinario, los afectos de la caridad, parece que nada falta al hombre para ser perfecto. Entónces no se conforma, con no hacer mal a nadie, lo cual es una gran cosa y nada comun, sino que pasa adelante; y haciendo cuanto bien le es posible, es un verdadero bienhechor, un ángel de la Providencia, un ministro de la bondad de Dios, un consolador de las miserias humanas, un santo. ¡Qué preciosas cualidades para profesarlas y propagarlas entre todos los cristianos! Aunque no podamos ó no queramos conocerlo, en ninguna manera debemos dudarlo. Dios con tales hombres, con iguales elementos ha colmado de favores al mundo, cuando ha vuelto hácia la humanidad sus ojos misericordiosos, compadecido de nuestras miserias.

La obediencia y la paz han faltado en nuestra nacion por tantos años, que solo un milagro de la Providencia nos podrá volver tan preciosos dones. La obediencia es lo mismo que la moral. Para ser comun y general, necesita comenzar por ser privada. Entre los mexicanos, muchos proclaman la subordinacion, y tal vez no la tienen ni las autoridades subalternas. Nuestras leyes son muchas, y algunas buenas; pero no hay quien se cuide de guardarlas y hacerlas guardar; salvo cuando se trata de atacar a la Iglesia y a la Religion. Comience cada uno á obedecer y nadie se crea con derecho a revolucionar, como quieren sentar por principio los políticos de esta época, y entónces habrá paz. Por ella claman los que mandan, pero no procuran mandar de modo que se fije y se consolide: contra ella gritan los que quieren mandar y nunca hacen una guerra justa, humana, ordenada y libre de robos, opresiones, homicidios, violencias é infamias; porque nuestro país se ha llenado de hombres capaces solamente de hacer el mal.

Mas el carácter del verdadero cristiano, y por consiguiente del propagador, debe ser la obediencia a las autoridades y gobiernos constituidos; determinándose a abstenerse de toda obra revolucionaria. Si estos cristianos son pocos y

no los bastantes para dar a su patria paz y quietud, conseguirán, cuando ménos, tenerla en sus conciencias y en su personal. ¡Pobre moral mexicana! ¡cuánto ha perdido por las revoluciones continuas de dos generaciones!

El propagador debe asimismo procurar su objeto por la recomendacion de la ocupacion y el trabajo, cuya falta es una de tantas causas de la desmoralizacion. Debe procurar que los cristianos se abstengan de todo lo que está mencionado en la parte 3.^{ra} del tomo anterior: debe inspirar mucho respeto a todo lo sagrado, personas, cosas, lugares y demás; y con un sistema basado en estos principios, no dude que hará mucho bien a las almas de sus hermanos.

CAPITULO V.

LA ORACION.

De la oracion, dice San Agustin, que de ordinario no es escuchada ni despachada por Dios, por tres razones. 1.^{ra} Porque pedimos en mal estado de conciencia, cuando por el pecado somos enemigos suyos y por lo mismo indignos

de ser oídos. 2.^{ra} Porque pedimos de mala manera, esto es, con soberbia, con impaciencia, sin discrecion, sin constancia, sin fe y sin sumision á la voluntad divina, porque no queremos sino que se haga la nuestra. 3.^{ra} Porque no pedimos lo que conviene, que es de preferencia: lo relativo á su honra y gloria, lo perteneciente á nuestra salud espiritual, y lo que es verdaderamente necesario en el órden temporal: huyendo de los trabajos y penas saludables en cuyo sufrimiento voluntario consiste tal vez nuestra salvacion.

De esta doctrina del Santo Doctor podemos inferir muy lógicamente: que la oracion del cristiano propagador no puede menos que ser escuchada y muy bien recibida de Dios: 1.^o Porque el cristiano, como lo suponemos, procura hallarse siempre en amistad con Dios por la gracia que guarda, y procura acrecentar en su espíritu y que lo hace digno, en cuanto cabe, de presentarse ante el Trono de la divina Misericordia. 2.^o Porque hace su oracion con órden y método, preparándose remota y próximamente: humillándose: pidiendo la luz del Espíritu Santo; meditando y aprovechando los afectos que el Señor le concede, para sacar de ellos las resoluciones, propósitos y frutos que convienen a su propio bien y al de los otros. 3.^o Porque